



## Clara E. Mattei, *El orden del capital. Cómo los economistas inventaron la austeridad y allanaron el camino al fascismo*, Madrid, Capitán Swing, 2025, pp. 503

Lorién Gómez Solano  
Universitat de Barcelona  

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.107710>

Si como sostiene el célebre *motto* de Max Horkheimer: “El que no quiere hablar de capitalismo debería callar en lo que al fascismo se refiere”, *El orden del capital*, escrito por la economista italiana Clara E. Mattei, tiene mucho que decir. Se trata de un libro profundamente documentado en lo que respecta a fuentes primarias y secundarias, de una riqueza extraordinaria desde un punto de vista historiográfico que, incorporando la perspectiva transnacional a través del análisis comparativo de las políticas de austeridad en Italia y Gran Bretaña, está llamado sin lugar a dudas a convertirse en un clásico de los estudios sobre historia del pensamiento económico.

Por un lado, *El orden del capital* arroja una novedosa luz sobre el fascismo clásico (1919-1945) como un fenómeno histórico enmarcado en la ofensiva de la clase capitalista emprendida contra el proletariado europeo tras la quiebra del orden político decimonónico después de la Primera Guerra Mundial y la oleada revolucionaria de Octubre de 1917. De esta manera, las aportaciones de Mattei sobre la relación entre fascismo y capital se insertan en la larga tradición marxista de análisis sobre este fenómeno y contribuyen a cuestionar las tesis de autores liberales como Roger Griffin<sup>1</sup> o Roger Eatwell<sup>2</sup>, quienes han caracterizado al fascismo como una forma de “nacionalismo revolucionario”. En ese sentido, el libro de Mattei también contribuye a reforzar desde una perspectiva diferente otros estudios sobre la época como *Globalistas* de Quinn Slobodian<sup>3</sup>, aunque mucho más centrado este último en el desmoronamiento de los imperios y la proliferación de los Estados-nación. Por otro lado, desvela el verdadero carácter de la austeridad —entendida como una estrategia diseñada por tecnócratas que combina consenso y coerción— como uno de los pilares del capitalismo moderno. Un verdadero baluarte de defensa para su supervivencia que, aceptando enormes pérdidas

en el corto plazo desde una perspectiva económica, se ha mostrado históricamente efectiva a la hora de proteger las jerarquías de clase en momentos de crisis y cuestionamiento del *orden del capital*: esto es, la valorización del valor y sus dos pilares básicos, la propiedad privada de los medios de producción y las relaciones salariales entre propietarios y trabajadores (pp. 12). Por último, y no menos importante, analiza de manera rigurosa toda una serie de economistas que, frente a las propuestas igualitaristas de posguerra, contribuyeron tanto en Gran Bretaña como en Italia a diseñar las políticas de austeridad, allanando el camino al fascismo, y asentando una forma de conocimiento de la economía profundamente tecnocrática cuyo legado perdura hasta nuestros días.

La edición de *Capitán Swing* es excelente y la traducción al castellano a cargo de Isadora Carolina Prieto y Anna Hernández del Blanco es sólida. Además de la introducción, el libro se comprende en dos partes —*Guerra y crisis* y *El significado de la austeridad*— que analizan de forma comparativa la implantación de las políticas de austeridad en Gran Bretaña e Italia como respuesta a la situación prerrevolucionaria que vivía el continente. El último capítulo, *La austeridad eterna*, analiza brevemente el rol de la austeridad durante el resto del siglo XX y durante la crisis del euro, y finalmente el epílogo donde comenta la relación entre Keynes y los nekeynesianos con el significado profundo de la austeridad.

El final de la Primera Guerra Mundial había dejado un mundo en crisis, lastrado por una carnicería con millones de muertos detrás, pero también colmado de grandes esperanzas de cambio social, tanto en su variante reformista como en la revolucionaria. Analizado en el capítulo 1, es el tiempo del colectivismo de guerra, de la ruptura con los dogmas del *laissez faire*, de la caída del patrón oro clásico, de Estados con una fuerte capacidad de control sobre la economía nacional y el comercio internacional, de la introducción masiva de las mujeres como mano de obra y, sobre todo, del “nacimiento” de una “nueva” clase obrera más ajena a las dinámicas del trabajo organizado y por tanto más proclive a la

<sup>1</sup> R. Griffin. *Fascismo*. Madrid, Alianza, 2019.

<sup>2</sup> R. Eatwell, R. *Fascism: A History*. New York, Penguin Books, 1997.

<sup>3</sup> Q. Slobodian. *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*. Madrid, Capitán Swing, 2021

radicalización y a la insubordinación, con una fuerte capacidad de autoorganización colectiva, (pp. 62). Fruto de dicha conflictividad fue la conquista del sufragio universal masculino en Italia y masculino y femenino (con limitaciones) en Gran Bretaña en 1918, la conquista de la jornada de 8 horas en Italia o importantes reformas sociales, todo ello acompañado de un poderoso crecimiento territorial de sus respectivos partidos socialista y laborista (pp. 115). Por supuesto, el alcance de las reformas y la naturaleza de los respectivos movimientos obreros italiano y británico venía dada por la posición internacional de los dos países: mientras que Gran Bretaña era la primera potencia industrial y colonial del mundo, Italia era un Estado-nación tardío, mayoritariamente agrícola, y que entonces solo comenzaba a industrializarse (pp. 43).

Un punto interesante subrayado por Mattei es que, al haber traído la guerra una presencia omnisciente del Estado sobre el toda la economía, había favorecido un nuevo régimen de explotación donde se explicitaba la vinculación entre poder económico y poder político, de forma que “la extracción de excedentes ya no era una mera cuestión de coerción económica ejecutada por las leyes impersonales del mercado; ahora la explotación era impuesta por la intervención del Estado” (pp. 69). El viejo orden no podía volver, o, al menos, no podía hacerlo sin atravesar profundos cambios. Con todo, como señala Mattei, los breves logros del “espíritu” reconstruccionista —analizado en el capítulo 2— no deben ocultar que, en buena medida, guardaban como objetivo asegurar el control social del Estado sobre la clase trabajadora, de modo que esta tuviera menos incentivos para apoyar rupturas radicales con el sistema capitalista (pp. 109). Además, como documenta el capítulo 3, existía una profunda división en el movimiento obrero entre unas direcciones pactistas e insertadas en la institucionalidad burguesa —algo que se evidenciaba sobre todo en el caso británico— y unas bases sociales mucho más radicales en sus objetivos. Esto cobró especial relevancia en el caso italiano durante el *biennio rosso* (1919-1920) encabezado por el movimiento “ordnovista” del ala izquierda del Partido Socialista Italiano. Analizado en el capítulo 4, este movimiento, dirigido por figuras como Antonio Gramsci o Palmiro Togliatti, futuros fundadores del Partido Comunista de Italia, apostaba, desde una comprensión democrática de la organización económica, por la toma directa de los medios de producción por parte de las masas trabajadoras como forma de transición al socialismo, siguiendo el empuje de los hechos transcurridos durante el verano de 1920 con la ocupación de fábricas por todo el país.

Sin embargo, las direcciones moderadas nunca siguieron el empuje de las bases, castrando cualquier posibilidad revolucionaria, lo que, sumado a la respuesta autoritaria de la clase capitalista, terminó por condenar al ostracismo iniciativas como el movimiento cooperativista italiano o el Comité Sankey y los gremios de la construcción británicos. Esta contraofensiva tomó distintos carices en los dos casos tratados: mientras que en Italia fue la violencia fascista la que empezó a poner fin a las aspiraciones revolucionarias, en Gran Bretaña adquirió un carácter mucho más sutil, a través de los recortes presupuestarios y la deflación monetaria ejecutada por

el Tesoro y el Banco de Inglaterra. Como concluye Mattei: “La violencia estructural de la política macroeconómica podía hacer lo mismo que la violencia física de las milicias fascistas” (pp. 28).

Esto nos lleva a la segunda parte del libro. La austeridad, *stricto sensu*, nace en la primera posguerra en las Conferencias Internacionales de Bruselas (1920) y Génova (1922), organizadas por la incipiente Sociedad de Naciones bajo el lema “Trabajar más, consumir menos” como respuesta a la enorme crisis que atravesaba el continente. No se trató únicamente, como sostiene Barry Eichengreen<sup>4</sup>, de “una coalición internacional que se esforzó por estabilizar y asegurar los intercambios comerciales globales” (pp. 453): era una ofensiva de clase. Fue allí donde un selecto grupo de economistas (Pantaleoni, Gide, Jan Bruins, Pigou y Cassel) redactó los primeros memorandos sobre la austeridad, que, lejos de ser meras recomendaciones, eran de obligado cumplimiento para todos los Estados miembros, como demuestra ampliamente el capítulo 5. Así, el marco general de la austeridad que expone la autora parte de una concepción “trinitaria” de la austeridad, que, comprendiendo toda una batería de medidas fiscales, monetarias e industriales, so pretexto de equilibrar presupuestos y frenar la inflación, están dirigidas en última instancia a la despolitización de la economía. ¿Cómo? Resituando las relaciones de producción bajo el poder del dominio impersonal del mercado; eximiendo las decisiones económicas del escrutinio democrático, especialmente a través de “instituciones económicas independientes” como los bancos centrales, y promoviendo un concepto de teoría económica “neutral”, capaz de trascender las relaciones de clase y con las miras puestas en la creación un “nuevo consenso” económico.

La historia británica de la austeridad, analizada en el capítulo 6, tiene un protagonista: Ralph Hawtrey, economista del Tesoro. Este concebía que las causas de la inflación se hallaban en el poder desorbitado de la clase trabajadora sobre las relaciones salariales, ante lo cual propuso cortar de raíz con los planes reconstruccionistas iniciados tan solo unos años antes, acompañando esto de una subida de los tipos de interés, de un aumento de los impuestos, del despido masivo de empleados públicos y de una amplia campaña de privatizaciones. Su mayor victoria llegó con el hacha Geddes (1921), que supuso el mayor programa de recortes de la historia británica (una disminución del 20% del gasto público), por encima de los más conocidos de la era Thatcher. Todo ello acompañado de medidas autoritarias como la aprobación de la Ley de Plenos Poderes (1920), primera legislación restrictiva que permitía al gobierno declarar el “estado de emergencia” con el fin de garantizar la “seguridad pública” o la aprobación en 1927 de la Ley sobre Conflictos laborales y sindicatos como respuesta a la huelga general de 1926, restringiendo así la libertad sindical y de huelga (pp. 276). La victoria sobre el proletariado británico fue contundente: como apunta Mattei, “en 1930 el número de

<sup>4</sup> B. Eichengreen. *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1939*. Oxford, Oxford University Press, 1992.

afiliados a los sindicatos se había reducido a la mitad con respecto a 1920” (pp. 278).

Por su parte, la vía italiana a la austeridad se trata en el capítulo 7. En el país transalpino, el liberalismo de Giolitti y Nitti se había mostrado incapaz de implantar los dictámenes de austeridad. Las acciones a emprender debían ser rápidas y despiadadas, y el orden democrático-liberal imponía excesivas cortapisas. Fue ahí cuando el fascismo empezó a resultar más atractivo a los ojos de las élites, que financiaron, apoyaron y promovieron el terror fascista. No en vano, Mussolini se hizo eco del programa de las Conferencias de Bruselas y Génova ya en su primer discurso como ministro: “Ahorro, trabajo, disciplina” (pp. 295), y ya en 1922, incluyó como una de sus primeras medidas un real decreto para reformar el sistema fiscal y la administración pública (pp. 298). Además, de un amplio paquete de recortes presupuestarios, del despido de 65.000 trabajadores del sector público, de un amplio programa de privatizaciones y de nuevos impuestos regresivos, el nuevo Estado fascista eximió de impuestos al capital financiero internacional (pp. 327) y priorizó el gasto público a el pago de la deuda a los acreedores en una enorme transferencia de recursos hacia arriba. En lo referente a la austeridad industrial, las medidas fueron mucho más duras que en el caso británico, e incluyeron entre otras, la militarización de la mano de obra, el final de la jornada laboral de 8 horas, la supresión del derecho a huelga o la ilegalización de los sindicatos, todo ello sintetizado en la Carta del Trabajo de 1927. Como documenta el capítulo 8, el

“compromiso autoritario” entre el fascismo y las élites, además, tuvo también repercusión internacional y contó con la complicidad y el apoyo de una buena parte de la opinión liberal (como el futuro primer ministro británico Winston Churchill), y en especial, de un gremio muy concreto, los economistas.

Finalmente, el último capítulo hace un breve repaso de la herencia de la austeridad en las últimas décadas y su reactualización a partir de la década de 1970 y especialmente, de la crisis de 2008, en escenarios tan (o no) distintos como el Chile de los Chicago Boys, la Gran Bretaña de Thatcher, la Indonesia de Suharto, la Rusia postsoviética de Yeltsin o la Italia de la crisis del euro. También destina importantes críticas a economistas neoclásicos y keynesianos (no hay que olvidar que Keynes apoyó los programas de austeridad en la década de 1920), que, más allá de sus diferencias en cuanto a lo que a gestión capitalista se refiere, comparten en lo sustancial el fin último de la austeridad: salvaguardar las relaciones capitalistas en momentos históricos de crisis sistémica. El fin sigue siendo el mismo, tanto hoy como en 1922: domesticar a la clase trabajadora para que consuma poco, produzca de forma austera y se salvaguarde la acumulación de capital. De este modo, Mattei cumple sobradamente con el *motto* de Horkheimer y nos ayuda a repensar históricamente las relaciones entre fascismo y capitalismo, e incita al lector a interrogarse sobre cómo los programas de austeridad presentes contribuyen a reforzar el ascenso de la derecha radical contemporánea. Todo ello, sin duda, materia para otro libro.